

EL MAR EN LA POESÍA MEDIEVAL CASTELLANA

Antes de anotar la bitácora.

No vamos a tener aquí la osadía de pretender que estas breves páginas reflejen el enorme caudal de versos que tienen al mar, sus ondas, sus bajeles y criaturas extrañas, como inspiradores o puntos centrales de cualquier composición lírica. Al abordar tan extenso tema, nuestra actitud es la de un turista que, desde la cómoda tumbona de un crucero, pretende describir su recorrido por el mundo; un viaje alrededor de la tierra es sólo eso, seguir la ruta que traza un paralelo, pero no un detallado compendio de playas, razas, atardeceres o luces.

En nuestro fatigar de versos con la quilla de la ilusión, por bucear en lo que desconocíamos de la poesía española, debemos confesar que el horizonte entrevisto nos ha abrumado. Como en el más tópico viaje, hemos tenido etapas de desánimo con las velas al paio; sólo veíamos tareas y tareas, pero los puertos y las islas no aparecían; podemos decir que las cartas de navegación han servido poco, aunque algún que otro manual haya sido orientador (1). La soledad en la tarea era absoluta, sin recalar en tierras con amables aborígenes que nos ofrecieran sus mejores chicas como les sucedió a los marinos de la *Bounty*; en fin, los trabajos y los días. Tampoco nos ha atacado Moby Dick, aunque con nuestra actual conciencia ecológica, nos hubiéramos untado de mantequilla para que al pobre cachalote le fuera más amable el trago que se iba a zampar.

Lo que sí nos ha quedado en la pupila es la conciencia de la inmensidad del mar escrito, los múltiples mares que habitan ese mismo concepto, la admiración que, desde los primeros versos castellanos, se tiene por ese permanente recordatorio de nuestra levedad y pequeñez. Cruzamos el mar con el respeto del que se sabe su víctima; nuestras vidas son los ríos, las naves, o el mar mismo. Hemos navegado los versos para ahora sentarnos y recordar que no hay caminos; que ofrecemos al explorador que se interne en estas páginas, sólo una ruta, para nada única ni la mejor, sino la nuestra. Todo camino lleva a otro camino y esperamos que éste sea una senda divertida y fructífera.

De más allá del mar

En la primitiva poesía castellana medieval, el mar aparece fundamentalmente como un mero complemento circunstancial de lugar, sobre el que se mueven sus personajes, incluso en el que se sumergen, pero siempre como un elemento mágico, extraño, que infunde temor y al que se considera límite de lo conocido; de ahí, una de las expresiones más repetidas: *d'alent del mar*. El más allá apenas entrevisto desde las planicies y montañas castellanas, pero del que se sabía que venían tanto los musulmanes invasores, como el Cristo redentor; un mundo tan oscuro como la muerte y más lejano que el mismo cielo, según parece.

Si partimos del *Cantar de Mio Cid* (2), como primera obra literaria castellana en verso, el mar se presenta con relativa prontitud, en masculino, y de la mano de Dios:

331 Fezist çielo et tierra, el terçero el mar

Pero, además, el carácter de monstruo bicéfalo y ambiguo, como madre y destructor queda patente a las pocas sílabas, cuando es nombrado en femenino:

339 A Ionas, quando cayo en la mar

Estos son los dos primeros versos en los que aparece el mar en la literatura castellana; el mar, la mar, sólo como un importante referente bíblico de la larga oración en la que Doña Jimena ruega por el respetado esposo que marcha a un exilio, donde buscará su honra a través de la lucha contra esas circunstancias y personajes hostiles que, incluso, llegan de más allá de las orillas. Imaginemos al campesino castellano, sus pies llenos de

tierra, en su boca, la sequedad del polvo de trigo que vareaba durante las labores estivales; contemplémoslo absorto en la historia que el juglar le contaba; o dando risotadas por las bromas del Cid; o sorprendido por las brabuconerías del Rey Búcar:

- 2409 “Aca torna, Bucar! Venist da lent mar,
verte as con el Çid, el de la barba grant,
saludar nos hemos amos, et taiaremos amistas”
respuso Bucar al Çid: “confonda Dios tal amistas.”
El espada tienes desnuda en la mano et veot aguijar;
asi como semeia, en mi la quieres en sayar.
- 2415 Mas si el caballo no estropieça o conmigo non caye,
non te iuntaras comigo fata dentro en la mar.”
- 2420 Alcançolo el Çid a Bucar a tres bracas del mar,
arriba alço Colada, un grant golpe dadol ha
- 2425 Mato a Bucar, al Rey de alen mar
e gano a Tizon que mill marcos doro val.

El mar con su frescor de brisa, excita la imaginación en un mundo elemental de secarrales y supervivencia, de límites cercanos, pero con conciencia clara de pequeñez frente a la naturaleza y a lo que se ignora. Igual que el autor del *Cid* hace reír o llorar a su tosco público, también sabe cómo hacerle volar la imaginación con una sola palabra; un complemento circunstancial que sirve de catapulta hacia otros mundos, para el sujeto de cualquier verbo.

Igual truco emplea el autor del *Roncesvalles* (3) –siga o no, el modelo de más allá de los Pirineos- cuando manuscrió el llanto del emperador Carlomagno por su muerto sobrino Roldán y le hace decir:

- 67 Naçiestes mi sobrino, a XVII aynos de edade
fiz’vos cavayllero a un preçio tan grande.
metíme al camino, pasé ata la mare,
- 70 pasé Jherusalem fasta la fuent Jordane
corriemos las teras d’eylla e d’eylla parte.

Pasó incluso la mar y eso hace aún mayores las hazañas del Emperador, por tanto, más alta la torre desde la que cae, a causa del dolor por la muerte de Roldán; al igual que en el planto de Pleberio, el mar aparece con su carga de fortuna, con su dosis de miedo y heroicidad en su dominio. Ese mundo ajeno que sólo deja ver la orilla de su reinado, tiene también carácter divino para la imaginación medieval, no sólo por las constantes alusiones al Génesis, sino que es fácil verlo en un poema como *¡Ay Jherusalem!*, de llamada a la guerra:

- 58 “Valed, los cristianos,
a vuestros hermanos
- 60 en Jherusalem!”
Non les da buen viaje la sagrada mar:
los vientos an contrarios, non les dexa andar.
Quando está en calma
enflaquéceles el alma,
- 65 en Jherusalem.

La fuerza de las olas es, por tanto, un ser vivo y autónomo que determina el destino de los hombres, idea que se repetirá a lo largo de más escritos medievales, en los que el camino no es marcado por los timones, sino por la voluntad de las corrientes. El hombre de la temprana Edad Media, en muchos casos, se siente desde la orilla como un leño seco a la deriva, un naufrago permanente que ve en el agua la frontera absoluta de

su mundo, como puede leerse en el *Cantar del Rey don Alonso*, o en el *Poema de Alfonso onceno*, en el que, además, lo misterioso se conjuga con un lenguaje simbólico.

Consultamos el cuaderno de derrota para no olvidar las calas, los acantilados y arrecifes que exhibían torres y castillos con los que los habitantes de las costas se sentían algo más seguros; casi todo era inútil, y difícilmente podían resistir frente a los ataques vikingos o musulmanes; todos ellos desde más allá del horizonte.

En esta época de Europa, compleja por elemental, simple como la supervivencia, poco a poco, la cultura se abre paso tímido y también el mar humedece con mayor ahínco, las páginas manuscritas de los códices. Será al pendenciero, incluso chulesco, Alejandro Magno a quien le corresponda conquistar el mar. En el *Libro de Alexandre* (5), el clérigo Gautier de Châtillon y el autor castellano, siguiendo la leyenda, hacen que su héroe cruce las olas desde las luminosas playas macedonias hacia el oriente en busca de los ejércitos de Darío. Pero también el *Alexandre* es una especie de recopilación de los saberes de la época que se pretenden mostrar a la menor ocasión; de ahí que Alejandro Magno también busque dominar las aguas y descifrar sus límites:

- 2269 Asmava el buen omne atravesar la mar,
Que nunca pudo omne el cabo a fallar,
Buscar algunas gentes de otro semejar,
De sossacar manera nueva de guerrear
- 2270 Saber el sol dó naçe, el Nilo ónde mana,
el mar qué fuerça trae quand lo fiere ventana
maguer avié grant seso, acucia sobejana
semejaba en esto una grant valitana

Y por supuesto, al gran caudillo no se le van a resistir ni los cielos, ni el fondo del mar; un modo como otro cualquiera de conjurar el miedo por lo oculto; si un hombre lo conquistó y salió ileso de la hazaña, el misterio se ha roto, el peligro se ha disipado, al menos, en los cortos límites de la ficción:

- 2309 Mandó que lo dexassen quinze días durar,
las naves con tod' esto pensasen de andar;
assaz podrié en esto saber e mesurar,
e meter en escripto los secretos del mar.
- 2310 La cuba fue echada en que el rey yazié,
a los unos pesava, a los otros plazié;
bien cuidavan algunos que nunca y saldrié,
mas destajado era que en mar non moriré.
- 2314 Tanto es acogían al rēy los pescados
como si los oviesse por armas sobjudgados;
vinién fasta la cuba todos cabeztornados,
tremién todos ant' el como moços mojados.

Pero la conquista de la naturaleza va a desencadenar el principio del final del Magno Emperador; el misterio, pues, debe quedar oculto, si no se quiere desencadenar las fuerzas incontrolables de lo demoníaco.

En proporción, hay muchas más referencias navales y marítimas entre los tetrástrofos del *Libro de Apolonio* (6), relato versificado en el que sus protagonistas son constantemente separados por tempestades y vicisitudes marinas; de hecho, cuando

Tarsiana narra brevemente su vida, ésta aparece llevada de un lado a otro por las corrientes:

- 491 Duenya só de linatge, de parientes honrrados,
mas dezir non lo oso por mios graves pecados;
naçi entre las ondas, on naçen los pescados
amos houe mintrosos et traydores provados.
- 492 Ladrones en galeas que sobre mar vinyeron,
por amor de furtarme, de muerte me estorcieron;
por mi ventura grave a omne me vendieron
por que muchas de vírgines en mal fado cayeron.

Es el mar, la mano que ejecuta el destino de los hombres, la que empuja sus inciertos leños hacia lo desconocido; tal es la conciencia de fragilidad que el hombre medieval tiene de sus medios, que en una de las adivinanzas con que Tarsiana divierte al Rey Apolonio, su padre, leemos:

- 509 “Fija ssó de los montes, ligera por natura,
ronpo et nunca dexo señal de la rotura,
guerreyo con los vientos, nunca ando segura”.
“Las naves, ditz el rey, trayen essa figura”.

El poder de lo que no tiene control por mano humana y la conciencia de pequeñez que aturde hacen exclamar al autor del *Poema de Fernán González* (7), refiriéndose al traidor conde don Yllán:

- 47 Despidio s’ de los moros, luego passo la mar
.....
deviera se el mesquino con sus manos matar,
pues que en la mar irada non se pudo afogar.

Es por esta misma idea del mar terrible, por la que Gonzalo de Berceo, incluye entre los *Milagros de Nuestra Señora* (8), uno en el que La Virgen salva a un obispo que se dirige a Acre para adorar el santo sepulcro; se desata una tempestad, pero el obispo invoca a Santa María y el milagro se obra, pueden llegar a su destino porque del mar sale una nave, igual que antes han salido de él las almas de los marineros difuntos en forma de palomillas, porque:

- 598 Abiendo de los muertos duelo grand e pesar
Estendieron los oios, catavan a la mar
Si verien de los muertos algunos arribar;
Ca el mar nunca quiere cosa muerta celar.

Por tanto, dentro de esa campaña de devoción mariana que Berceo desarrolla con su juglaría a lo divino, María se muestra como estrella de los mares y consuelo de los marineros, a pesar de las pocas apariciones que el mar hace en la obra berceana, que prácticamente se reducen a las señaladas.

Igual alabanza emplea Juan Ruiz para Santa María en la parte final de su *Libro de buen amor* (9); pero el mar que aparece en ese ameno libro son aguas divertidas en general; además de ser el arsenal del que se vale Doña Cuaresma para atacar los ejércitos de Don Carnal, Juan Ruiz, con la gracia que lo caracteriza, sabe dar al monstruo un cariz irónico:

- 614 Si la primera onda de la mar airada

espantase al marinero quando viene torbada,
nunca en la mar entrarié con su nave ferrada:
non te espante la dueña la primera vegada.

Sabe arrancar Juan Ruiz una sonrisa a sus lectores, o al campesino castellano que por boca de juglares lo oyera, la mujer es un monstruo marino que no debe asustar aunque bramen sus ondas, hay que saber buscar sus aguas tranquilas, consejo para navegantes de rutas ignotas y nunca bien cartografiadas, peligrosas, incluso.

Espejo de fortuna y muerte.

La navegación reserva sorpresas, cuadrantes donde la calma impide el movimiento de los bajeles, y otros en los que la tempestad es un aluvión de mareas que llevan las naves donde el timón no busca. Los finales de la Edad Media constituyen una de esas zonas confusas. El Marqués de Santillana, a pesar de su proximidad vital al rudo mar cantábrico, dirige con preferencia su mirada hacia una poesía de referentes latinos en sus *Decires*, *Canciones* y *Sonetos al itálico modo*; y desde luego, prefiere tomar los prados, montañas y bosques como marco para sus encuentros con las pastoras de sus *Serranillas*; de hecho, sólo hemos encontrado una referencia a las naves en los *Decires*; en la *Comedieta de Ponça* (10), sin embargo, sí aparece alguna alusión marina más, en la que, referencias mitológicas aparte, podemos leer en la estrofa XVIII este interesante trasunto del “*beatus ille*”:

¡Benditos aquellos qu’ en pequeñas naves
siguen los pescados con pobres traýnas!,
ca éstos no temen las lides marinas,
nin çierra sobr’ ellos Fortuna sus llaves.

Es curioso que para D. Íñigo la vida del pobre pescador esté ausente de los peligros que atenazan a los grandes navegantes, para los que parecen reservados los avatares de la fortuna como demuestran los emblemas y poemas que cruzarán la literatura renacentista y barroca; a mayor ambición, mayor desgracia, pero esas son otras aguas.

El mar como espacio de la suerte también se refleja en los versos de Juan de Mena quien, en su *Laberinto de Fortuna* (11) exclama entre las muchas lecciones extraídas de la mitología e historia:

CXXXIII Para quien teme la furia del mar
e las tempestades reçela de aquélla
el mejor reparo es no entrar en ella,
perder la cubdiçia del buen navegar;
mas el que de dentro presume de andar
sin que padesca miseria ninguna,
a la primera señal de fortuna
debe los puertos seguros tomar.

La fortuna o, mejor dicho, la mala fortuna habita en el mar que en la literatura de fines de la Edad Media ha pasado de ser un lugar misterico, a convertirse en un espacio donde el destino del hombre se escribe sobre la incierta estela de las naves, el frágil leño latino que aparece de nuevo en la lírica europea; queda, así, abonado el terreno para que la orilla se convierta en la frontera del puerto supremo, la muerte, embarrancadero de

toda flota, final de todos los atardeceres; de ahí surgen estos preciosos versos, una de las cimas de la poesía castellana (12):

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar
qu'es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
e consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
e más chicos
allegados son yguales
los que viven por sus manos
e los ricos.

Es curioso que ni Rodrigo Manrique, ni Pedro Manrique mencionen el mar en sus poemas, Jorge, su hijo y sobrino, sabe darle de forma original el valor metafórico de final de todos los caminos y con esa marca cruzará la historia literaria castellana hasta nuestros días. Jorge Manrique dominó el mar medieval, le imprimió su marca para siempre, a pesar de que es una de las pocas veces en las que aparece en su obra; de hecho, sólo escribió otros versos en los que compara el estado del amante lejano con la lucha de los marinos contra las ondas, clara reminiscencia de la lírica amatoria galaica, en la que el mar está mucho más presente que en las composiciones castellanas.

Al recoger las velas

Volviendo a nuestra carta de navegación, observamos que el crucero literario partió de un mar ajeno, a la vez, defensa y pórtico de lo desconocido, del mal, del más allá; sagrado, pero terrible. Sin embargo, poco a poco, las aguas adquirieron dos cualidades; en primer lugar, se convierten en un tema literario en sí, dejan de ser un espacio para la acción; a partir de este momento, quedaron libres las vías para que el mar se convirtiera en metáfora bien de la fortuna, bien de la muerte. El mar y su fortaleza fascinante, aún última frontera para el hombre moderno, que adquiere a finales de la Edad Media su categoría de símbolo para la historia de la literatura universal. Dejemos caer el ancla.

José Luis González Vera

NOTAS

- 1) Queremos señalar aquí el magnífico trabajo de Alberto Navarro González, *El mar en la literatura medieval castellana*, Univ. de La Laguna, Tenerife, 1962. Sin duda, un trabajo de inexcusable consulta para quien quiera profundizar en este tema.
- 2) *Cantar de Mio Cid*, en Menéndez Pidal, R. *Obras Completas I-III*, Espasa-Calpe, Madrid, 1964.
- 3) *Roncesvalles*, en *Poesía española I* Ed. de Fernando Gómez Redondo, Ed. Crítica, Barcelona, 1966, pp. 139-145.
- 4) ¡Ay Jherusalem!, en *Poesía española I* Ed. cit. pp. 163-169.
- 5) *Libro de Alexandre*, Ed. de Jesús Cañas, Cátedra, Madrid, 1988.
- 6) *Libro de Apolonio*, Ed. de Dolores Corbella, Cátedra, Madrid, 1992.
- 7) *Poema de Fernán González*, Ed. de Juan Victorino, Cátedra, Madrid, 1998.

- 8) Berceo, Gonalo de, *Milagros de Nuestra Señora*, Espasa-Calpe, Madrid, 1969.
- 9) Juan Ruiz, *Libro de buen amor*, Cátedra, Madrid, 1992.
- 10) Marqués de Santillana, *Comedieta de Ponça. Sonetos al itálico modo*, Altaya, Barcelona, 1996.
- 11) Juan de Mena, *Laberinto de Fortuna*, Castalia, Madrid, 1998.
- 12) Jorge Manrique, *Cancionero*, Espasa-Calpe, Madrid, 1975.